



UNA VENTANA



por EL HACHERO

OCUPA el piso alto de una vieja casona de la ciudad vieja. Es una hilera de muchas ventanas, todas chatas, descoloridas, iguales. Pero se le distingue porque es la única que está siempre abierta, oreando en su interior los trapitos recién lavados de una criatura. A todas las horas. Durante el día, la sombra que le proyectan los edificios de enfrente, en ese callejón angosto, pone unos manchones que parecen de frío y de tristeza en las ropitas mojadas. De noche se enciende un primus detrás de ellas para acelerar su secado, descubriéndose la llama alegre y rumorosa a través de las telas muy gastadas, acribilladas de costuras y parches.

—0—

Para el que lo ve por primera vez es gracioso. Parece uno de esos dibujos que presentan los humoristas. Es gracioso y tierno, además. ¡Cuántos de los que andamos vagando por esas callecitas, despobladas en esos momentos — callecitas de tango, que se quejan en el pregón cansado del maniseco — no nos sentimos ligeramente conmovidos en presencia de esos pañales colgados! Queremos adivinar detrás de ese telón una intimidad dulce, de sosiego y amor. De amor entre gente pobre que quizá sea el más fuerte porque lleva en sí, espíritu de solidaridad, de compañerismo, de unión para hacer frente a la lucha, al sacrificio diario, a la vida, en fin. Uno, que anda siempre en malas compañías por esos lugares — porque aún yendo solo lleva la mala compañía de un impulso aventurero — se siente inferiorizado ante sí mismo y experimenta el alivio de purificarse pensando cosas buenas y bellas, bajo la ventana de los pañales. No se ve a nadie en

ella durante el día. Recién a la hora en que los marinos salen a distraerse, los sábados de noche, aparece una muchacha en el balcón. Los focos, próximos, destacan su carita delgada y los labios, repintados, como si hubiera estado chupando chocolate. Parece que se ha compuesto a la luz del primus. Y la melena, recién peinada, brillante por el agua, le cae sobre un ojo dándole un aire de sensualismo, quizás de lascivia. Abajo se cruzan los marinos borrachos. Caminan arqueados, dando cabezazos. A veces, con un pie en la vereda y otro debajo, como si tuvieran una pierna más corta y no lo advirtieran. Hasta que tropiezan. Los atrae la musiquita nerviosa, atropellada, de un piano, que luego será la que los eche a la calle fastidiados, roncando. Es un hormiguero.

—0—

Alguno mira para arriba. Ha descubierto la bata clara, llamativa de la muchacha. Echa atrás exageradamente la cabeza insegura como si mirara por los agujeros de la nariz. Después cierra un ojo,

COMODIDAD CONYUGAL



—¿Te llevas bien con tu mujer?

—Te diré... En realidad no me llevo, pues es ella la que me lleva!

para ver mejor. Teme que lo engañen sus sentidos y el deseo. Entonces contesta al saludo medio burlón de ella y se tantea el bolsillo donde están los billetes apretujados. Caminando dificultosamente para recoger la compostura, pisando con los talones, se separa del rebaño, queda atrás, se pierde, por último, de sus compañeros. Y la muchacha desaparece del balcón.

Mañana estarán de nuevo los pañales. Pasado, también. Hasta otra noche, quizás otro sábado, cuando vengan otros de esos marinos que tienen en cada puerto una novia, a detenerse bajo la ventana de esas novias que tienen en cada barco un amor...

LA PREGUNTA DEL DÍA:

¿Don Germán Plantó Arboles Para Irse por las Ramas?